

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 19 DE NOVIEMBRE DE 1922

NÚM. 19.906

LA MOZA VIEJA

NOVELA CORTA ORIGINAL
DE PEDRO DE RÉPIDE

PEPE Villegas, terminadas las vacaciones del verano, volvió a lucir su uniforme de cadete en la vieja ciudad. La vetusta ciudad castellana, que puede ser una u otra, tanto vienen a parecerse las venerandas urbes, quietas y calladas, con sólo una calle céntrica, donde están los comercios; una plaza, donde hay mercado semanal y donde toca en invierno la música que en verano deja oír los sonos zarzueleros en un paseo exterior con lindes de evónimos y sombra de acacias. La ciudad de catedral solemne y múltiples monasterios en sus callejas, donde, en minoría, la población civil, representada por los empleados del Poder central y por los labriegos que llegan del campo a resolver sus asuntos de venta de sus cosechas o de hipoteca de sus tierras, alterna con los múltiples eclesiásticos y con el no menor número de militares que se suman entre los de la guarnición, y los alumnos, y el profesorado de la marcial Academia, que da cierta animación y relativa vida a la sombría capital provinciana.

La madre de Pepe Villegas, viuda y poseedora de una modesta fortuna, hubo decidido, unos años antes, abandonar Madrid para instalarse en la ciudad donde estaba la Academia en que había de ingresar su hijo para seguir la carrera de las armas. Así le libraría del tormento de la casa de huéspedes y velaría de cerca por su salud, tanto física como moral, menos amenazadas ambas bajo la inmediata vigilancia del materno cuidado.

Amoldada a su nueva existencia y conforme con el ambiente en que desarrollaba su vida, pronto se halló en el círculo de las señoras de su clase que habitaban la ciudad vetusta. No tardó en ser secretaria del Ropero de San Sebastián, fundado por la presidenta de la Audiencia para vestir a los presos que se habían quedado desnudos, bajo la jurídica dirección de su marido, y en ser una de las principales figuras del protocolo de la capital antañona.

Volvía, pues, Pepe Villegas, después de las vacaciones, a comenzar el segundo curso de su carrera, cuando el mismo día que llegó, apenas hubo abrazado a su madre, reposado un poco, limpiado su cuerpo y cambiado sus ropas, la dulce autora de sus días le dijo:

—Pepe: ahora, en cuanto salgas, no

dejes de ir a ver a las de Montánchez.

Pepe contuvo un mohín de desagrado, porque si le corría prisa ver a alguien, no era precisamente a aquellas apreciables mujeres. Al siguiente día comenzaban las clases, y aquel que era todavía de libertad para el cadete, pensaba emplearlo, aunque fuese sólo en darse tono con sus com-

pañeros, contándoles sus aventuras y diversiones en la playa nortea, donde le había invitado a pasar el mes de agosto la hermana de su padre, que, a falta de hijos, estaba muy contenta de poder lucir a su sobrino, el flamante militarcito.

¿Por qué una mala estrella había de amargarle aquel postrer día de asueto,

naciéndole perder parte de su tiempo en el chiribitil de las de Montánchez? Era demasiada exigencia la de su madre al pretender obligarle a tan molesto visiteo. Lo más acertado sería no ir. Convendría, por otra parte, saber si la autoridad materna podía obligar a un muchachote espigado a sufrir la presencia y la indiscreción inquisitorial de aquellas mujeres. Porque una de ellas, Paquita, la hija de la viuda de Montánchez, no podía ser por la edad un vejatorio como la madre; pero su prolongada soltería, la compañía constante de la vieja egoísta y autoritaria y la permanencia en aquella tienda sórdida, le daban aspecto de una edad más alta que la que efectivamente tenía.

Pepe hacíase el remolón, y acabó por dirigirse a la puerta con aire distraído, como si no se hubiese enterado del encargo maternal. Pero la voz de la madre le atajó imperiosamente:

—Ya has oído lo que te he dicho. Que tienes que ir a ver a las de Montánchez.

El amenazado bajó la cabeza, gruñendo, y probó, como hatiéndose en la última trinchera, a aplazar su suplicio.

—Bueno. Iré. Pero hoy no. El domingo.

—No, hijo mío, hoy. Saben que has llegado, y lo llevarán a mal si no fueses. Todos los días me preguntaban por ti.

Pepe Villegas se sintió abrumado por tanta solicitud, y no acertaba a comprender por qué las tenderas se interesaban tanto por él, a quien ellas le tenían tan sin cuidado.

Pero en aquel momento no le eran ya indiferentes, sino que suscitaban toda su indignación. Las recordaba, y sus imágenes se le representaban más feas que nunca.

La madre insistía:

—Vamos, a ver si no haces al tonto. Una visita se acaba en seguida. Te he dicho que no hay más remedio. ¿Es que cuando acabas de llegar ya me quieres dar un disgusto?

Pepe comprendió en seguida por dónde podía derivar el asunto. Su madre, que nunca se había llevado a bien con su cuñada, continuaría diciéndole

que, como venía acostumbrado a vivir con su tía la rica, ya no quería obedecerla a ella, y se precipitaría en una serie de consideraciones tan absurdas como desagradables. Vióse, pues, precisado a atajar la cuestión, manifestándose decidido a ir inmediatamente a presentar sus respetos a las señoritas de Montánchez.



Salió a la calle, y empezó por tomar el camino más largo. Marchaba andando en zig-zag y con una falta de seriedad impropia de su uniforme, y al mismo tiempo, con grande detrimento de su calzado, se entretenía en jugar al fútbol con todos los cantos rodados que tropezaba en la calle. Sin embargo, era inevitable llegar a la tienda fatídica. ¿Qué diría a aquel par de estafermos? En fin, no era cosa de seguir preocupándose. Ya se ocuparían ellas de nutrir la conversación. Si en algo debía pensar ya, era en el pretexto que pudiera utilizar para poner fin cuanto antes a la entrevista.

Las de Montánchez tenían su establecimiento en la calle Real. Una tienda de mercería y de algunas novedades atrasadas. Sedas y estambres de colores. Cañamazos, con labores dibujadas. Cubiertas de cojines para ser bordadas. Grandes madejas de lana, que en las largas veladas servían para que las señoras urdiesen, a punta de ganchillo, prendas de abrigo para la chiquillería y para ellas mismas... La tienda era muy bajita de techo, y para entrar en ella había que descender un par de escalones. Entonces se encontraba el visitante en un aposento largo y estrecho, con el techo un poco abovedado y la forma siniestra de un ático. Un pequeño mostrador hallábase hacia la mitad de la estancia, dividiendo el espacio en que tomaba asiento la clientela y aquel en que evolucionaban exclusivamente las dueñas del local.

La tienda de las de Montánchez tenía la importancia de ser un casinillo de las señoras. Así como la confitería y cerería de la hija de Diego Muñoz era en la plaza un lugar de reunión de gente seria, donde iban magistrados, militares retirados y, sobre todo, algunos respetables canónigos que no creían pertinente ser socios del casino, la mercería de la calle Real servía para punto de cotilleo de las damas, que allí tenían un campo neutral para todas las murmuraciones. Todos los chismorreos, los conatos de escándalos, porque en aquella apacible ciudad no podía haber mas que conatos de nada escandaloso, los proyectos de matrimonios, las idas y venidas de cualquiera a la corte y de la corte, los estados de salud, todo se llevaba al día y al minuto en aquel cuchitril. De cuando en cuando, las amas de la casa procuraban llevar la conversación hacia el género que acababan de recibir, y que exhibían solemnemente, haciendo aparatosamente su elogio. Pero de ordinario, el irresistible atractivo de la murmuración ahogaba en ellas el incentivo de la ganancia. Y el orgullo de haber constituido un centro de reunión femenino más importante que el mismo estrado de la presidenta de la Audiencia, las indemnizaba un tanto de los desdenes con que eran tratadas por la fortuna.

Pero algo particularmente interesante había en la tienda de las de Montánchez. Y era Paquita, la cuarta y última de las hijas de la viuda de Montánchez y la única que había permanecido a su lado. Podría tener poco más de cuarenta años, pero representaba una edad mayor. Pepe, que las conocía desde muy muchacho, recordaba lo mucho que le había extrañado siempre ver a una vieja obediendo a otra. En su imaginación, todavía infantil cuando su madre le llevó por primera vez a la sordida tienda, pensaba que las mujeres de la edad de Paquita tienen siempre niños o niñas a quienes mandar. Y las viejas, muy viejas, como la madre de Paquita, no deben tener entonces más misión que la de mimar a esos chiquillos y colmarles de caricias, de juguetes y de golosinas. Pero la viuda de Montánchez, cuya nariz puntiaguda solía tener una cómica movilidad bajo los vidrios azules de sus antiparras, tenía el aspecto de no

andarse con mimos y con carantoñas para nadie. En cambio, Paquita, tratándole a Pepe como a un mocoso cuando ya estudiaba el último año del bachillerato, guardaba, para regalárselas como juguetes, las cajas vacías y los cartones en que llegaban las cintas y puntillas.

Lo que a Pepe le llamó siempre la atención era que fuese tan fea. A excepción de ella, no había encontrado nunca mujeres que le pareciesen feas completamente. Las amigas de su madre eran guapas, y se acordaba de que, cuando siendo un arrapiezo, veía en casa a la institutriz de su hermana, se recreaba contemplando su pelo de oro y su piel rosada, y llegó a formar el proyecto de que cuando fuese mayor se casaría con ella.

¿Por qué aquella desventurada Paquita Montánchez era la única que tenía los dientes tan negros, las mejillas enju-

en los momentos de emoción, como, por ejemplo, cuando entraba alguna parroquiana pródiga, que solía ser la registradora de la Propiedad. Pero a la entrada de Pepe Villegas, el movimiento nasal apenas si se aceleró durante un par de segundos, y cuando, sin levantarse de su asiento, le tendió friamente su huesosa mano, la puntiaguda nariz había recobrado su quietud, lo que la hacía parecer mucho más larga.

Paquita, que estaba en aquella ocasión, como casi siempre, ocupada en revisar los cartones y en poner los cajones en orden, volvióse velozmente, y de un salto plantóse delante de Pepe con los brazos abiertos. El cadete se estremeció ante la más que posible inminencia de un abrazo. Pero, por fortuna, bastó para detenerla una mirada enérgica de su madre y su voz, más enérgica todavía.



tas y terrosas, las cejas tan espesas, los ojos tan pequeños y tan hundidos y el pelo, ralo y lacio, pegado en absurdos bandos sobre las sienes? Y pensaba que aquello debía de ser el resultado de alguna tenebrosa injusticia ultrahumana, de un encantamiento de hada celosa, de algo fatal e irremediable, de lo cual valía más no hablar. Así, el sentimiento que Paquita le inspiraba era una extraña mezcla de repugnancia y de compasión.

Después de prolongar su camino todo lo que pudo, el cadete entró, por fin, en la tienda de la calle Real. Para no arrepentirse después de haber llegado hasta allí, apresuróse a empujar la puertecilla vidriera, velada por un visillo blanco, y se deslizó en el interior del establecimiento como un ladrón que teme que vayan persiguiéndole.

La viuda de Montánchez, que estaba siempre sentada a un extremo del mostrador, dirigió hacia el recién llegado la punta móvil y amarillenta de su nariz, entre los óvalos azules de sus gafas. Aquella nariz se agitaba con un ritmo rápido

entonces, se acordó de una vez que había estado en aquella casa dos años antes. Las de Montánchez, que eran muy piadosas, habían juzgado oportuno y conveniente aumentar los ingresos de su comercio vendiendo chocolate de los reverendos padres de la Trapa. Y el día aquel, en que, por casualidad sólo en tal hora acontecida, la adusta viuda se había ausentado durante la visita del niño de la de Villegas, vió éste a Paquita abrir precipitada y como furtivamente un cajón con tapa de cristal, sacar de él una caja de hojadelata y de ella dos onzas de chocolate, deliciosamente envueltas en papel de plata, que se apresuró a poner en manos de Pepe, sin decir nada y limitándose a sonreír con toda la longitud de su feísima boca.

Aquella escena, cuyo recuerdo se le aparecía con mezcla de delicia y de horror, no se repitió jamás. Paquita no volvió a abrir ante él la caja de los chocolates. Tal vez, y esto constituía para Villegas un remordimiento, había sido descubierta por la vieja implacable aquella generosidad intempestiva. Sin duda, aquellos pobres y secos dedos, endurecidos y deformados por el trabajo de la aguja, atormentados por el deseo irrealizable de una humilde voluptuosidad, se habían juntado por eso con los suyos en aquella dulce dádiva. Y el cadete se explicó esta vez mejor que nunca la melancólica pesadumbre con que Paquita le vió levantarse bruscamente y salir.

En aquella época los cursos eran cortos, y no tardó Pepe Villegas en ver lucir en su bocamanga las estrellas de oficial. Sus nuevos empleos le alejaron de la ciudad donde había seguido la carrera, y en la que continuó viviendo su madre, muy hecha ya a la vida provinciana y de edad poco a propósito para andar de zoco en colodro, según los puntos de destino del hijo militar.

Algunos años pasaron, y, al fin, Villegas alcanzó un bien, que harto se había merecido después de haber hecho duras y peligrosas campañas y de haber vivido molestando en diversos cantones. Fué el de ser destinado a la guarnición de la vieja urbe donde pasó su juventud, y en la que quería permanecer acompañando la ancianidad de su madre.

Una de aquellas noches invernales, las primeras que volvía a pasar en su casa, Pepe, sentado junto al fuego con su madre, habló de que aquella tarde se había fijado, al pasar por la calle Real, en la tienda de las de Montánchez, habiéndola encontrado transformada y dedicada a otro comercio.

—¿Qué ha sido de Paquita?—acabó por interrogar.

—Ayer la vi—dijo la madre de Villegas—. Y por cierto que no la he encontrado muy variada. Hay personas que envejecen de una manera tan insensible, que hay que hacer un gran esfuerzo para recordar cómo eran hace veinte años. Paquita Montánchez es de esas. Claro que cuenta con la única ventaja que Dios le ha concedido: la delgadez. Parece que mientras no se engorda no se envejece.

—Sobre todo cuando la pobrecilla ha sido vieja toda su vida.

—¡Pobre mujer! No ha hecho nunca nada más que obedecer. Y ahora que su madre ha muerto y ella es libre, se encuentra ante la vida como un chiquillo al que le hubiesen dado la luna.

—La viuda de Montánchez no debía de ser muy cariñosa.

—Era terrible. Había sido rica en otro tiempo, y la exasperaba verse pobre. Sus tres hijas mayores, que eran guapas y coquetas, pudieron hacer buenas bodas. Pero Paquita, la pequeña y la fea, era para ella un motivo de vergüenza y el

blanco permanente de su mal humor. A los cuarenta años cumplidos, la tenía tan sometida como si fuese una niña, espionando sus lecturas, su correspondencia, no dejándola ni los céntimos para comprar un sello o para dar una limosna. La hacía retirarse a la trastienda cada vez que la conversación de las parroquianas de la casa derivaba hacia un terreno escabroso. Además, como puedes figurarte, todos los trabajos pesados o sucios de la casa estaban reservados a Paquita. En cambio, el menor adorno, una cinta siquiera, la estaban rigurosamente prohibidos. Y se veía obligada a usar los vestidos y los sombreros que sus hermanas la enviaban de desecho.

—¿Y no se la ocurrió nunca rebelarse?

—¡Rebelarse! Sí. Una vez lo intentó. Un día se escapó con las pocas monedas que había podido ir sisando una por una en los gastos menudos de la casa. Ella quería, como cualquier otra, disfrutar independientemente de la vida. Pero la infeliz era incapaz de ello. Después de algunas semanas de miseria, volvió a su casa. Y ya comprenderás el partido que su madre supo sacar de aquella tentativa tan deplorable. La acribillaba a burlas sangrientas. Dos o tres meses antes de morir, cuando estaba llena de enfermedades horribles, si Paquita, que la llenaba día y noche de los más atentos cuidados, dejaba traslucir en algún momento una sombra de impaciencia, la vieja levantaba su cabeza amarillenta y la decía: «¡Nada, nada! Si no estás contenta aquí, no tienes más que marcharte otra vez. Yo no te detengo. Ya tienes bastante experiencia para poder vivir».

—¿Y qué hace ahora Paquita?

—Vendió por cuatro cuartos la tienda que ella sola no sabía administrar y se fué a vivir a un cuartito cerca de la Trinidad. Allí lo pasa penosamente, trabajando en algunas labores de bordados que la encargan, más que nada por caridad, y ayudándose con el poco dinero que la mandan sus hermanas. Casi nadie va a verla, porque no es alegre su casa, ni siquiera limpia. En las tardes de invierno, cuando anochece, para ahorrarse algo de lumbre y de luz, se va a la iglesia. Y luego suele ir de visita a casa de María Verdejo, que vive enfrente de su casa. La Verdejo la recibe muy complacida, pero se burla de ella despiadadamente. Paquita conoce perfectamente que se divierten a su costa; pero, por lo visto, se hace la cuenta de que de algún modo hay que pagar el calor de la chimenea, y hasta procura parecer más simple de lo que es en realidad. Algunas veces toma el partido de quedarse en su casa, delante de su braserito; pero cuando a través de los cristales helados de su balcón percibe en la casa de enfrente el resplandor de la llama en el gabinete de la Verdejo, debe sentir una tentación demasiado fuerte para que se atreva a resistirla.

—¿Y qué clase de burlas son las que la hacen?

—No te lo imaginarías nunca. La pobre solterona, que durante toda su vida no ha visto acercarse a ella ni la más leve sombra de amor, que no había leído ni una sola novela en su juventud, que a los sesenta años se encontraba tan inocente como si acabara de entrar en las Ursulinas...

—Bueno, ¿qué...?

—Pues ahora está obsesionada por todas esas cosas que hasta aquí no había ni sospechado siquiera. Devora las novelas, y la pide continuamente libros a la Verdejo, con tal de que traten de enamorados. Intenta vestirse con coquetería. Una coquetería trágica, como supondrás. Se tiñe el pelo. Se ha quedado muchos días sin comer para poder comprarse una dentadura blanquísima. A todo el que la quiere oír, le dice, con un entusiasmo ridículo, que el corazón no envejece nunca.

No la interesan más que las conversaciones en que se habla de amor. Las bodas en proyecto, sobre todo las que se anuncian con medias palabras, la ponen fuera de tino. Pide toda clase de detalles. Algunos que no acabe de imaginárselos cumplidamente, la atormentan. A veces, con la mayor inocencia, hace observaciones tan enormes, que pone en apuros tremendos a los que la oyen o les da grandes ganas de soltar la risa. Luego, la entran los remordimientos; tiembla al pensar que puede condenarse por complacerse en tales pensamientos, y se pasa las horas

Después, a pesar suyo, comenzó a recordar la tienda de la calle Real y el día aquel en que Paquita le dió furtivamente el chocolate. Aquella fué, pensó, la más considerable aventura de toda la vida de la desventurada.



Al otro día estaba Pepe Villegas invitado a comer en casa de la Verdejo, y no dejó de aprovechar la ocasión para suscitar una conversación acerca de Paquita. En la sobremesa, la dueña de la casa, riendo al referir las ilusiones amorosas



muertas en el confesionario explicando sus tentaciones y sus escrúpulos. Así, comprenderás lo fácil que le es a la Verdejo divertirse a costa de Paquita. La hace toda clase de cumplimientos a propósito de su elegancia y de su buen aspecto, y la dice que don Bernardo, el capitán retirado, se ha enamorado de ella, y que debe prepararse para una declaración de un momento a otro. La obliga a hacerla confidencias, y la dice que debe haber pasado una juventud llena de aventuras. Y la pobre, chiflada, acaba por creerlo.

Calló la de Villegas, y su hijo no sintió ganas de reírse. Encontrábase, al contrario, desasosegado y molesto. Aquella historia de Paquita era muy triste. Cogió un libro, y lo dejó. Púsose a hojear unas revistas ilustradas, y las dejó también.

de la infeliz, dió a conocer al militar en qué había pasado más de quince años la eterna esperanzada.

Don Bernardo Quiñones, el capitán retirado con quien ahora daban broma a Paquita, tenía un hermano menor que él, y que por divertirse empezó a cortejar a la hija de la tendera de la calle Real cuando esta doncella hubo cumplido ya los cuarenta y cinco. Paquita llegó a creer que había llegado el fin de su soltería y la liberación de su vida. Don Raimundo, que así se llamaba el camastrón, solazábase pintándole su pasión, y tenía luego para reír y contar con aquella lúgubre farsa. Hasta que un día supo que su futuro se casaba. Fué el mismo quien la adelantó la noticia, con lo que ya no tuvo el efecto apetecido cuando unas ami-

gas piadosas acudieron a enterarla de la novedad. Y resultó lo más extraño: que la encontraron tan tranquila y hasta contenta.

Era cierto que se casaba don Raimundo Quiñones. Era un buen mozo, que se empleaba como administrador de las muchas fincas que en la provincia poseía una viejísima señora que habitaba en Madrid, viuda tres veces, y que había aceptado el cortejo que con franca desvergüenza iniciara cerca de ella su administrador, que así iba a ascender a dueño de la cuantiosa fortuna.

Paquita fué informada por él mismo de sus proyectos, manifestándole que por amor a ella se casaba con la otra. Con su natural desenvoltura pasó a explicarle la paradoja, y la dejó convencida. Se trataba de adquirir el copioso caudal de la anciana, que ya no podría vivir mucho tiempo, y en cuanto Raimundo enviudara, se casaría con su Paquita, que entonces se iba a reír mucho de las señoras provincianas que la trataban un tanto despectivamente. De modo, que vió sin entristecerse cómo su novio marchábase a la corte, y pocos días después leyó con la misma serenidad la noticia que el periódico local traía de la boda, realizada en Madrid.

Más de setenta años tenía la buena señora que por cuarta vez encendía la nupcial antorcha. En la tienda de las de Montánchez no se hablaba más que de aquel matrimonio, murmurando lindamente de él, sin perjuicio de que las maldicientes se sintieran intimamente de la opinión de la recién casada, o desearan para sus hijos mancebos una pingüe boda por el estilo, aunque la edad de la novia se midiera por semanas de las de Daniel.

Observóse al mismo tiempo que Paquita comenzaba a dar muestras de una actividad y una laboriosidad insospechadas. Arrostrando la cólera de su madre, escribió a sus hermanas pidiéndolas algún dinero, que empleó en telas y lienzos finísimos. Y comenzó a bordar en oro una gran pieza de seda, fingiendo, cuando la preguntaban algo, que era un encargo de un manto para la virgen. Y era la colcha que disponía para su cama matrimonial. La valía que su inexorable madre, enferma ya de muerte, no se levantaba de la suya y no se enteraba de tan inusitados lujos. Y murió la madre, y Paquita liquidó la tienda y se retiró a una casa modesta, donde continuaba haciendo el equipo fantástico.

Entretanto, cuando iba a casa de alguna de sus antiguas relaciones, oía hablar de la mujer de Raimundo Quiñones. Los que venían de Madrid, daban noticias de ella con verdadera admiración. ¡Esa señora era de bronce! La habían visto en el teatro luciendo, en un palco, su descote, como si estuviese en la flor de la edad. Paquita recogía aquellos informes encantada, considerando que con tantos años encima, y yendo al teatro descotada en el rigor del invierno, la pulmonía sería inevitable.

Y continuaba trabajando. Hizo sus ropas y las de la cama, y por seguir haciendo algo, puso manos en las cortinas de la alcoba. Se había suscrito al periódico de la localidad, porque suponía que en cuanto se supiese la muerte de la señora de Quiñones, la primer contribuyente de la provincia, no dejarían de dar la noticia, y esa era la que buscaba todas las mañanas recorriendo ávidamente las columnas del diario.

Pero de nada la valía desojarse en aquella lectura. Hacía cinco años que duraba semejante situación. Si la millonaria avanzaba en su ya harto avanzada edad, ella, por su parte, no rejuvenecía. Y otra inquietud la asaltaba. Cuando Raimundo se viese viudo, en posesión de la enorme fortuna, ¿se acordaría de las an-

aguas promesas? ¿O preferiría, en vez de cumplir la palabra dada a Paquita, entretenerse con unas y con otras, dando al olvido la infeliz que le sacrificaba su vida?

—Si yo pudiera ponerme a hacer algo de mantelería...

Así pensó Paquita cuando oyó decir a alguien que habían visto a la endemoniada vieja en automóvil descubierto una tarde de pleno invierno. Pero siguieron pasando los años, y si la infeliz Montánchez no se hubiese visto por fuerza obligada a detenerse en sus labores para el futuro hogar, hubiera tenido tiempo de bordar kilómetros de lienzo. Y nunca, dondequiera que fuese, dejaba de oír los comentarios de admiración al estado de su impetecederá rival.

—Es asombrosa esa mujer. Estará pintada, llevará peluca... Lo que se quiera; pero parece más joven que su marido y puede ser su abuela.

Lo que la consolaba era cuando el tema derivaba hacia la fortuna de la dama inmortal.

—Personas que lo saben de buena tinta, dicen que la pobrecita tiene más de diez millones. Y se lo deja todo a su marido. Como no tiene ni hijos, ni sobrinos, ni nietos...

—Claro. Los ha enterrado a todos.

La muerte de la vieja había llegado a constituir una monomanía, una idea fija en la pobre Paquita. Quería tener todos los días en su poder el periódico, a las ocho de la mañana en invierno, y a las siete en verano, y en cuanto lo recibía se precipitaba sobre él, buscando la necrología. Una mañana, cuando todavía no se veía claro en su cuarto, desdobló el diario con su apresuramiento de siempre. Se acercó a la ventana y leyó: «En el momento de cerrar el periódico, recibimos un telegrama de Madrid, en que se da noticia de la muerte repentina de nuestro querido amigo el opulento propietario don Raimundo Quiñones, que con tantas simpatías cuenta en esta ciudad».

—No puede ser—dijo Paquita—. Esto es una equivocación. Indudablemente se trata de su mujer. Ha habido una confusión en el telegrama.

Hizo un acopio de energía para calzarse, echarse un vestido y un velillo, y lanzarse a la calle buscando la rectificación de la nueva, que no podía por menos de ser falsa. Y su desengaño fue pronto definitivo: el periódico no estaba equivocado. La vetusta millonaria acababa de enviudar una vez más.

Cuando volvió a su casa, alzó la tapa del cofre donde guardaba la famosa pieza de seda, tan primorosa y costosamente bordada por sus secas manos. Y tal vez pensó que aquella podía ser su mejor mortaja. Así reposaría envuelta en diez años de ilusiones.

Más que con el piadoso intento de con-

solarla, distraiéndola de su amargura, con el cruel designio de prolongar las burlas sobre aquella infeliz, había iniciado María Verdejo la nueva chanza de que don Bernardo, el capitán retirado, hermano de Raimundo, manifestaba que estaba enamorado de Paquita, y que

ahora sería él quien se casaría con ella.

Lo había dicho en la cerería de la hija de Diego Muñoz, y Paquita debía estar preparada para oír de un momento a otro la inevitable declaración. Era lo cierto que don Bernardo, hombre más serio que su hermano, jamás sintió el deseo de bromear con Paquita, y mucho menos de que ni en broma pudiera hacerla una alusión pasional. Correcto, limitábase a saludarla finamente, y apenas si cambió en alguna ocasión breves palabras con ella. Pero de esa actitud precisamente tomaba motivo la Verdejo y cuantos la seguían en la dolorosa humorada para convencer a Paquita de que un hondo y silencioso amor, más intenso cuanto más callado, ardía por ella en el alma del capitán. Sin embargo, había llegado el momento en que don Bernardo no podía detener por más tiempo el ímpetu de su pasión, que se desbordaba, y tenía decidido, según había llegado a decir en algunas confidencias, poner fin a situación tan angustiosa, revelando sus sentimientos y llamando a compartir su vida a la elegida de su corazón.

Una noche, sobre las ocho, cuando hacía ya más de dos horas que el invierno ensombrecía la ciudad, pasaba por delante de la Trinidad Pepe Villegas, cuando a la escasa luz pálidamente anaranjada de la bombilla eléctrica, que fingía alumbrar aquel trozo de calle, creyó reconocer a Paquita en una larga sombra que salía de la iglesia y se deslizaba junto al muro.

Decidióse a llamarla para convencerse

remonioso, como si temiese comprometerse con una excesiva efusividad, y a las cordiales preguntas de Pepe acerca de su vida y sus proyectos contestaba enigmáticamente y poniendo un cierto aire de misterio en sus palabras.

Habían llegado a la puerta de la casa donde vivía la moza vieja, y allí ella paróse en seco, colocándose delante de la entrada del oscuro portal, como si temiese que en un rasgo de atrevimiento quisiera su acompañante prolongar su acompañamiento hasta el piso de la vetusta doncella y su respeto por las conveniencias sociales la obligasen a cerrarle el paso.

Villegas se sonrió al ver tan excesiva como innecesaria precaución, y formuló una alusión al posible compromiso de Paquita, dispuesta, según de público se decía, a tomar estado prontamente, haciendo al mismo tiempo protestas de que nunca se atrevería a poner en mal lugar por una imprudencia la reputación de una señorita.

Ella, entonces, sin llegar a manifestarlo claramente, le dió a entender que, en efecto, era más que probable su próxima boda, y que debía recatarse hasta el mayor extremo no aceptando ninguna conversación de galán por inocente que fuera. Había tanta gente envidiosa de la felicidad ajena, que no dejarían de aprovechar un motivo insignificante para tejer cualquier infamia.

Pepe Villegas la deseó un cúmulo de

llas tinieblas, como si se desvaneciera en el sombrío misterio de lo desconocido.

Pocas noches después, Pepe Villegas pasaba, como siempre, la velada al lado de su madre, ante el espléndido fuego de la chimenea, cuando sonó repetidamente el timbre de la puerta del piso.

La madre de Pepe se estremeció ante aquel inusitado quebranto de la tranquilidad de la casa, preguntando quién podía ir a aquellas horas. No tardó en ver a María Verdejo, que entraba emocionada y atropellando sus palabras al explicar la causa de su inopinada presencia.

—Ustedes dispensen que venga a una hora como ésta. Pero no puedo estar sola en casa. Me han dado una mala noticia. ¿No saben ustedes lo que ha pasado? Ha muerto Paquita. Hacía dos días que no salía de su casa, y ha habido que echar la puerta abajo para entrar a ver lo que la pasaba, porque no respondía cuando llamaron unos vecinos. Estaba sentada, con un libro sobre las rodillas y la cabeza inclinada sobre un hombro, como si durmiera. Ha debido de morir ayer. Asfixiada, por un descuido, sin duda. A sus pies tenía un brasero mal encendido.

—¿Es que se ha suicidado!—dijo Villegas.

—¡Suicidarse!—contestó María Verdejo—. ¡Qué cosas tienes! ¿Por qué se iba a suicidar Paquita? Ya se sabe lo distraída que era y que estaba siempre pensando

en las ilusiones que se hacía. Se interesaría tanto con la novela de amores que estaba leyendo, que no se preocupó de que el brasero estaba a medio encender. Y habrá perecido, después de todo, dulcemente, sin darse cuenta.

La madre de Villegas se apresuró a admitir aquella suposición, que podía ser perfectamente lógica, y desde luego era menos amarga que la que al mismo tiempo imaginaba su hijo.

La inquietud y la emoción de María Verdejo se fueron calmando. Pero, como era natural, el tema de la conversación siguió siendo Paquita. Se convino en que, al fin y al cabo, los últimos tiempos de su vida habían sido los menos malos. Era, no ya una segunda juventud, sino la verdadera y única juventud de la malaventurada, que no había podido disfrutar de la primera. Y se había ido de este mundo con el alma florida de ensueños e ilusiones.

La de Villegas había mandado hacer chocolate, y, cuando lo sirvieron, la práctica derivó hacia otros temas más frívolos.

—A propósito—dijo María—: ¿no saben ustedes otra noticia? Don Bernardo Quiñones, el capitán, se casa. Pero de verdad, no como cuando la hacíamos creer a la infeliz de Paquita que iba a casarse con ella. La novia es la hija de Diego Muñoz, que debe de tener buen gato. Entre los dulces y la cera... ¡Pobre Paquita! Esta es la primera boda de la que no ha podido hablar.

Pedro de REPIDE

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



EL SAPO ENCANTADO

ÉRASE un hombre tan malo y tan cobarde, que se pasaba la vida haciéndole sufrir a todo el mundo, escogiendo los seres más débiles para que no le pudiesen devolver sus malos tratos.

Le llamaban en el pueblo Corazón de Piedra.

Un día se encontró en la carretera con un sapo, y empezó a darle palos y puntapiés. De pronto, con gran sorpresa suya, vio que el sapo daba un saltito y se transformaba en un gnomo más feo que... que un sapo.

—Tu maldad va a recibir un justo castigo—dijo el enano—. Vas a tener un hijo, y ese hijo será tan horrible y repugnante como yo hasta la edad de veinte años. Sin embargo, como tu mujer es buena, tu hijo tendrá bajo su repulsivo aspecto el mejor corazón del mundo.

Algún tiempo después, la mujer de Corazón de Piedra tuvo un hijo, que resultó ser un verdadero monstruo: tenía el cuerpo pequeño, gordo y pesadote; la cabeza, aplastada; los brazos y las piernas, demasiado cortos; los ojos, saltones; la boca, enorme; la piel, oscura; en una palabra, parecía un sapo que hubiese tenido cuatro patas en lugar de dos.

La pobre madre murió de pena por tener un hijo tan horroroso. En cuanto a Corazón de Piedra, se limitó a tomar al chico tal odio, que le crió a palos. Pero el pobre Sapote—así lo habían llamado—era tan bueno, que ni siquiera se quejaba.

Un día, el padre, antes de salir a su trabajo, le dijo al niño:

—En esa jarra de barro tapada hay leche para hacer un queso de esos que a mí me gustan y que tú ni has de catar, naturalmente. Te prohibo que toques la jarra durante mi ausencia. Como falte una sola gota, ¡ay de tí!

Sapote se quedó solo, y, según su costumbre, comió un mendrugo de pan, que era la comida que le concedía su padre. De pronto, oyó unos maullidos desgarradores, gritos y risas, y, saliendo a la puerta, vio que unos malos golillos maltrataban cruelmente a un gatito y se disponían a arrojarle al río. Sapote, indignado, se precipitó sobre ellos y, con una fuerza que le daba su bondad, les arrancó el animalito de las manos y se lo trajo a casa.

El gato seguía maullando; estaba herido y tenía hambre. Entonces, Sapote se acordó de la jarra de leche.

—Puesto que no la he de coger para mí—pensó—, quizás mi padre no diga nada. Además, apenas tomaré unas gotitas, y, después de todo, si me pega una vez más, bien vale este pobre gatito la pena de que sufra una azotaina.

Y destapó la jarra. Pero he aquí que la leche empieza a salirse y a verterse por el suelo, a pesar de los esfuerzos desesperados del pobrecillo para conte-

nerla. Cuando Corazón de Piedra volvió, la jarra estaba vacía. Su ira fué espantosa.

—Ahora mismo—gritó, pegando sobre la mesa un puñetazo formidable—te voy a llevar al ogro de la montaña para que te devore.

Y se lo llevó, sin hacer caso de sus justificaciones, de sus lágrimas y de sus lamentos.

A los pocos pasos se encontraron con una vaca, que les preguntó adónde iban.

El padre dijo sus propósitos.

—¡Ojalá te coma el ogro a ti, mal padre!—exclamó la vaca, indignada.

Más lejos, les hizo la misma pregunta una ardilla. Lo mismo contestó el padre; y lo mismo se indignó la ardilla. Y esto les ocurrió con una perdiz, con un caballo y con un ratón.

Al fin, llegaron al pie de la montaña, donde el ogro vivía en una caverna.

que el propio padre le llevaba a su hijo para que se lo comiese, el ogro se indignó (por muy ogro que se sea hay cosas que indignan), o si Corazón de Piedra, que era bastante gordo, se le antojó apetitoso, o si es que la maldición de la vaca, la ardilla, el caballo, la perdiz y el ratón surtían efecto; el caso es que el ogro, sin hacerle caso, llamó a sus criados y les dio orden de apoderarse de su visitante y matarle para comérselo.

Al ver que pasaban las horas y su padre no volvía, Sapote comprendió lo sucedido. Era tan bueno, que, en lugar de alegrarse, lloró la muerte de su verdugo. Luego, echó a andar, buscando un medio de ganarse honradamente la vida.

En la ciudad se enteró de que el vaquero mayor del rey acababa de morir, y con la tranquilidad que da el sentimiento de ser bueno y honrado, se presentó ante Su Majestad, ofreciéndose a reemplazarla.

un gigantón, no pasaba día sin que faltase alguno? ¿Y crees que un engendro como tú va a poder con ellos?

—Por probar nada se pierde—contestó Sapote sin desconcertarse—. El único que arriesga algo soy yo, que si se pierden las reses, Vuestra Majestad tendrá sobrada razón para castigarme.

Y hablaba con tanta seguridad, que, sin dejar de reír, el rey consintió en hacer la prueba.

Aquella noche no faltó una sola res, y lo mismo ocurrió los demás días. El monarca estaba maravillado y encantado con la pericia de su nuevo vaquero. Pero le parecía tan extraordinario que aquel pequeño monstruo lograra meter en cintura a sus cinco mil bueyes y vacas, que olfateó en ello algún misterio. Y como para aclararlo no se fiaba de la habilidad ni la discreción de sus criados, mandó llamar a sus cinco hijas.

—¿Cuál de vosotras—preguntó—quiere llevar la comida a mi vaquero?

—¡Uy!—exclamó la princesa mayor—. A un vaquero, ¡qué asco!

—No es esa labor digna de una hija de rey—declaró la segunda.

—Y menos cuando el vaquero es un marracho semejante—añadió la tercera.

—¡Estropear por el campo la cola de mi traje de raso! ¡No faltaba más!—dijo la cuarta.

Entonces, la última, la princesita Mariflor, avanzó a su vez.

—Yo cumpliré vuestro encargo, mi señor padre—dijo con dulzura.

Cuando Mariflor llegó al prado, quedó asombrada: millares de sapos rodeaban el rebaño, y cada vez que una res se alejaba, los sapos saltaban sobre ella, se le agarraban a las patas, a los morros, al cogote, y la obligaban a volver. En medio del rebaño, Sapote, despojado de su horrible envoltura de hombre-sapo y convertido en un joven hermosísimo, se paseaba tranquilamente, con las manos a la espalda.

Al ver a la princesa, Sapote silbó de un modo especial. Todos los sapos desaparecieron, y él volvió a su forma repugnante. La princesita fingió no haber visto nada; le entregó la cazuelita con la comida, y se alejó, sin decirle a nadie lo que había presenciado.

El rey seguía tan encantado con los servicios de aquel vaquero modelo, que un día le llamó y le dijo:

—Para recompensarte, estoy resuelto a otorgarte lo que me pidas.

—Entonces, señor—contestó Sapote—, otorgadme la mano de una de vuestras hijas.

—Claro está—dijo rascándose la barbillosa—que estás bastante lejos de ser un Adonis, mi pobre Sapote. Tampoco eres noble ni rico. Sin embargo, te tengo tal aprecio, que por mi parte te acepto con gusto por yerno. Falta ahora que una de mis hijas quiera casarse contigo.

Mandó venir a las cinco, y les comunicó la petición del vaquero. Al oír semejante disparate, las cuatro mayores hubieron horrorizadas, como si hubieran visto al mismísimo demonio en persona. Pero Mariflor se quedó, y declaró:

—Quiero a Sapote por marido.

La boda se celebró con fausto; pero no puedo decir que con entusiasmo, según suele ocurrir en los cuentos, pues todos los invitados y toda la corte comentaban con asco e indignación la horrible fealdad del novio, contrastando con la belleza de la linda Mariflor.

Después de la boda, Sapote declaró que tenía que ir a su pueblo, y Mariflor, que



—Espérame fuera—dijo Corazón de Piedra al pobre Sapote—. Le voy a anunciar al ogro que le llevo la cena.

Lo que quería en realidad era sacarle al ogro unos cuartos a cambio del regalo. El caso es que no sé si al enterarse de

Cuando el monarca vio aquel monstruo que pretendía guardar sus rebaños, no pudo por menos de soltar una carcajada.

—Pero infeliz—exclamó—, ¿tú sabes que yo poseo cinco mil bueyes y vacas, y que hasta con mi vaquero, que era todo

adivinaba otro misterio, le siguió sin chistar.

No habían andado cuatro leguas, cuando encontraron un lugar muy frondoso, donde Sapote dijo que debían descansar. Así lo hicieron, y cuando Mariflor abrió los ojos, junto a ella, en lugar del horrible Sapote, le sonreía un hermoso joven, al que conoció un día en el prado.

Muy alegres, volvieron al palacio real, donde vivieron felices y rodeados de ni-

ños preciosos. Más tarde, a la muerte del viejo rey, fué Sapote quien le reemplazó en el trono, a pesar de estar casado con la princesa más joven, pues las cuatro mayores, orgullosas y displicentes, no habían encontrado marido que quisiese cargar con ellas, y se habían quedado solteras, reducidas a envidiar la suerte de su hermana.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

La huella de Miguel Angel en Roma

CUANDO el visitante de la Capilla Sixtina se sustrae a la contemplación de Rosselli o del inefable Sandro, y se entrega, por fin, a Miguel Angel, siente que esos dos momentos de la Pintura representan la transición entre las dos formas extremas del arte. Botticelli: difícilmente encontraríamos mejor arquetipo del concepto amoroso del arte. El artista se enamora de la belleza visible y se deleita con ella. ¿La fecunda, o bien, inversamente, es por ella fecundado? Es un diálogo placentero, un deliquio. La palabra inspiración se acomoda perfectamente al caso. No hay violencia, no hay cruenta desfloración en ese acoplamiento. Hasta podría decirse que el inspirado tiene una sutil feminidad de espíritu, por la cual «concibe» de una oculta potencia, que en él ha infundido su divina llama.

Miguel Angel pertenece a otra estirpe. Todo es en él violencia; todo virilidad. La palabra *genio*, esto es *engendrador*, acude por sí misma a nuestros labios. Y también: *poeta*, *hacedor*, *creador*. No es el enamorado, sino el padre; no es el inspirado, sino el que inspira; inspira, como Dios en el Génesis, el soplo de vida sobre la faz de sus creaciones. Si recibe llama, lengua de fuego, la recibe directamente de la divinidad, como un Profeta o un Apóstol.

Siempre me han seducido aquellas figuras históricas en quienes se juntan las culturas adversas de la Humanidad. A caballo sobre las centurias, son síntesis vivientes de la especie, y para formar su inmortalidad se necesita la substancia de cien generaciones mortales. Como Euforión, son hijos del amor entre el Filósofo y la Belleza; mixtos de curiosidad insaciable y goce divino.

Italia, avanzada del paganismo en el mundo bárbaro, llevó en su seno muchos hijos que nacieron con la tortura de esa alma doble. El primer formidable ejemplar de esas conmixtiones fué Dante, en quien rebullen todas las modalidades predecesoras: el simbolismo oriental, el mundo pagánico, la visión de Juan, la Escolástica... (El otro gran ejemplar es Miguel Angel).

Almas dobles uno y otro, acaso una de sus mitades ejercía sobre la otra una inagotable fecundación, o llevaron en sí mismos una misteriosa androginia, el yunque y el martillo con que forjaron entre chispas su acero. Pero su duplicidad fué diversa. El alma doble de Dante es aún pagana y cristiana, tan pronta a los deliquios de la *Vita Nuova* y del *Paradiso* como al brutal polimorfismo del *Inferno*. Pero el alma doble de Miguel Angel no es ya la de un cristiano. Es la de un profeta mosaico que hubiese venido, tardíamente, a dar formas humanas a las visiones bíblicas, rompiendo la prohibición de Jehová; y es también la de un pagano que alterase con la ufanía inmoderada de su fecundia la serena y divina *sofrosine*. La obra desbordaba sobre el autor, y la carne de las formas imaginadas se apoderaba del artista, en una

suprema tentación que era casi un incesto. La idea de Musa, aplicada a la fantasía que produjo su obra, es impropia. En sus brazos de titán acaso una Musa fugitiva desfalleció como una Deyanira, como Angélica o Desdémona. Pero si hemos de buscar su verdadera Musa, la encontraremos en las Sibilas que decoran el techo de la Sixtina, mística confluencia de la hechicera de Endor con el Anuncio nebuloso de la Cuarta Egloga virgiliana. Miremos, por ejemplo, la Sibila Cumana o la Pérsica. Todavía son Parcas. Tienden el perfil dantesco sobre su libro, y en lontananza divisan el fin de los tiempos. La Sibila Eritrea o la Libica son casi parnasianas. El escorzo de la última tiene, dentro de su fuerza, la gracia de los plintos ateneicos. La Sibila Délica es, en fin, cristiana. Podríais creerla ya una alegoría teológica; casi una Madonna.

Todo respira en Miguel Angel una vaga herencia profetal, una reminiscencia de haber escuchado, en otros tiempos, a uno de aquellos Profetas que con su pincel evocador resucitaba en la Sixtina. ¿No se habrá esculpido a sí mismo en ese famoso Moisés que ayer contemplamos en su rincón, demasiado angosto, de *San Pietro in vincoli*, cuyas barbas asirias

recuerdan la figura alegórica de los ríos, en la estatuaría pagana? Allí en la nativa Florencia, Savonarola clamaba su indignación mosaica, y Fra Bartolomeo lanzaba sus pinceles. Entonces Buonarroti se estremecía... Su alma patriarcal sentía el oscuro imperio de sus orígenes. Ese hombre, el más prodigioso plasmador de figuras humanas, parecía luchar con su propio destino: el de dar forma a los temas sobre los cuales pesaba la original prohibición de todo antropomorfismo material, por horror a la idolatría.

En el techo prodigioso de la Sixtina, la austeridad de los profetas se combina, sin contraste violento, con la vecindad de ciclópeas desnudeces. Jehová y Adán transportan al tema genesiaco las formas de Cronos y de Hermes. Eva sonríe como una Dalila, entre las musculaturas de tantos atletas. Jehová, creando el sol y la luna o separando las aguas de la tierra, tiene el gesto mismo de Atlante. Y en la gran pintura del Juicio final, verdadera transcripción dantesca, la figura de Cristo, triunfando sobre la escena en cuya base está la barca de Caronte, al modo dantesco, se levanta como la de un Apolo bárbarico.

Así, en esta hora de contemplación, sin rival sobre la tierra, acude a mi recuerdo toda la producción de ese bifronte y poderoso artista: desde la *Piedad* que herros visto hace unas horas en la Basílica de San Pedro, huérfana de verdadera unción cristiana, hasta la Leda bajo el Cisne, digna de ser ofrecida a los Papas neronianos y a las truculencias del Aretino. En insospechada metamorfosis, los dioses enemigos mezclaban sus formas; acaso habían perdido en ese contubernio su inmortalidad divina; pero adquirían una inmortalidad humana, forma visible de la inmortalidad de su nuevo creador.

El Vaticano y la Basílica de San Pedro, fortaleza y templo, forman una perfecta unidad. Como un trébol simbólico, la Roma del Renacimiento ha dejado en ellos su integridad estética. La Capi-

lla Sixtina guarda en sus muros el aspecto épico; la Basílica es la escena, el aspecto dramático, el Teatro, restituído a su original valor de Casa de Dios. La Sixtina es el complemento natural de la *Divina Comedia* como epopeya itálica. Es curioso contrastar el valor de Miguel Angel, como animador de los temas mosaicos, con el renacimiento bíblico que difundía entonces la Reforma, a manera de apelación a los manantiales de la fe contra el paganismo pontifical. Así el sumo artista del Renacimiento coincidía, desde el otro extremo de la espiritualidad contemporánea, con el movimiento de Protesta antipapal. Y esa concomitancia aparente es la que más los separa; porque el mosaísmo de Miguel Angel era una versión del vino de Noé en los odres clásicos, sin aquel prejuicio judaico contra las formas humanas, conservado por el Protestantismo.

Se necesitó el retorno de la pudibundez bárbara para que el pincel profanador de Daniel de Volterra, llamado por eso *il Braghettone*, atenuara la desnudez purísima de aquellas pinturas, destinadas a una contemplación superior a toda sensualidad y a toda pasión efímera.

Como la de Alighieri, también la obra de Miguel Angel en la Sixtina se engloba en la herencia aristotélica. Sugiere una inconfundible impresión cíclica; es una Enciclopedia, una verdadera *Summa* artística. La multiforme aptitud de Miguel Angel, pintor, escultor, arquitecto, poeta, concuerda con esa virtualidad de su obra, en la cual han confluído todas las artes.

Pero se mezcla un fuerte sabor dionisiaco en aquella cualidad épica. La antigua serenidad pagana y el reposo hierático del cristianismo medieval se han tornado violencia, exuberancia que estalla bajo las formas, torsión de músculos que se tienden como un arco, para exhalar su excesiva potencia. Aquel arte necesitaba su *apoteosis*, su forma triunfal. Y ese es el Miguel Angel trágico, el de San Pedro, el que imaginó la gran cúpula sobre el Altar de las consagraciones, a modo de tienda perpetua que cobije a la Ciudad y al Orbe, y se llene de incienso, como un ánfora invertida, para el vuelo de las legiones angélicas.

Pero el Vaticano tiene también su aspecto lírico. Tiene el Pindaro que estilizó los cantos de victoria de su estadio. La herencia de Aristóteles nos dio a Miguel Angel; la herencia platónica nos dio a Rafael. Vamos a entrar en las Estancias y en las Logias...

Gabriel ALOMAR

¿Suele bajar la luz y está usted medio a oscuras en su casa? Le conviene surtirle pronto con el voltaje adecuado de la inmejorable lámpara Tungsram (país de origen, Hungría), famosa en todo el mundo, y estará usted encantado de la vida. **LAMPARA TUNGSRAM, Montera, 10,** teléfono 39-49 M., y en los principales establecimientos de electricidad.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

Librería, Caballero de Gracia, 28.

Últimas novedades:

El Caballero Audaz: LA BIEN PAGADA (novela), 5.ª edición. 5 pesetas. LA SIN VENTURA (nueva edición corregida), 5 pesetas.

Vidal y Planas: BOMBAS DE ODIO (novela), 5 pesetas.

Yesares: ¿QUÉ QUIERES APRENDER? AVIACIÓN. 5 pesetas.

Beun: CUENTOS DE COLOR... DE ESMERALDA (novelas), 4 pesetas.

Soutié: EL LEÓN ENAMORADO (novela), 1 peseta.

Pedidos directamente al Apartado 502

CÉSAR FRANCK

Pues el mundo es dolor,
sueña el viejo organista con un mundo mejor,
y nos dicen su anhelo
las azules pupilas, siempre vueltas al cielo.

Se oye la voz del órgano. Se oye pausada y grave.
Como incienso sonoro
se extiende por la nave,
y sube a las ojivas el angélico coro.
Es el aire más blando y la luz es más suave.

Y es el alma más pura.
Y todo lo perdona, porque lo olvida todo
al perderse en la altura.
—igual a una paloma que, alzándose del lodo,
rescatase su albur.

Se oye la voz del órgano; se oye grave y pausada.
Es la voz mensajera de una paz anhelada:
¡de la paz interior,
pedida tantas veces al Señor!

Es el aire más blando y es más suave la luz.
Y no es en nuestros hombros tan pesada la cruz.
Nos nace un grande amor: tenderemos la mano
lo mismo al enemigo que al hermano;
a quien nos diere espinas, le volveremos rosas...
Nos nace un grande amor, un amor franciscano
hacia todos los seres y hacia todas las cosas:
¡el fraternal amor
que predicó a los hombros el Señor!

Signe la voz del órgano; sigue pausada y grave.
Se extiende por la nave,
y sube a las ojivas el angélico coro,
como escala de oro
tendida de este mundo a otro mundo mejor
por el viejo organista soñador,
que nos dice su anhelo
en las claras pupilas, siempre vueltas al cielo...

Enrique RUIZ DE LA SERNA

CRÓNICAS
DE VIAJE

SEGOVIA, INDUSTRIAL

El desarrollo industrial y comercial que de día en día adquiere Segovia es de tal importancia, que continuamos hoy presentando a nuestros lectores esta segunda información, formada con las firmas más prestigiosas de la localidad.

No parece sino que Segovia, remozada por los años, quisiera retornar a los comienzos del siglo XIX, en que la fabricación de paños llegó a ser famosa; pero esta vez con más empeño aún, montando talleres y establecimientos fabriles en gran abundancia y sin preferencias.

La tierra de Juan Bravo, bravía y noble, ha abierto sus puertas al arte, y éste, agradecido, ha buscado en ella cómodo acubijo. Y hoy puede afirmarse que la industria española tiene una admirable representación en Segovia.

Nosotros así hemos podido apreciarlo durante nuestra estancia, y el lector podrá darse una sucinta idea, nada más que sucinta; lo contrario requeriría muchos números completos por las informaciones que vamos publicando, reflejo aproximado de su rápido y progresivo caminar.

Al propio tiempo queremos aprovechar la ocasión que este motivo nos brinda para consignar nuestro agradecimiento al querido compañero en la Prensa y buen amigo D. Rogelio Urriarte de la Paz, a los simpáticos D. Gregorio Alvarez y D. Eduardo Queralt, interventor y administrador, respectivamente, de este Monte de Piedad, así como al distinguido oficial del Cuerpo de Prisiones don Francisco Alvarez, al inteligente profesor D. Antonio Martín y a cuantos amigos han contribuido al hacer grata mi permanencia en tierra de Castilla.

Manuel PASTOR

*

Residencia de Alumnos de la Academia de Artillería

La escasez de hospedajes plácidos y modestos que durante mucho tiempo venía observándose en Segovia, fué causada por D. Benigno Rozas Martín, culto sacerdote, pensara en la fundación de un pensionado que, por su confort, su cocina, su distribución, su situado, etc., fuese digno de cobijar a los futuros oficiales de Artillería.

Y un día la idea fué llevada a la práctica, y surgió, rebosando esplendor, la Residencia de Alumnos de la Academia de Artillería, instalada en la inmediata calle de Santa Isabel, núm. 9, como modelo de hospedajes modernos, constituyendo un acontecimiento su inauguración, que tuvo lugar el día 1 de mayo del corriente año entre innúmeras pruebas de entusiasmo.



Pintoresco rincón de la Residencia de Alumnos de la Academia de Artillería, dedicado a so-
laz y esparcimiento de los futuros oficiales.



Aspecto parcial que ofrece LA SEGOVIANA, acreditada fábrica de licores, jarabes y anisados propiedad del prestigioso industrial D. Félix Cuesta.

Para ello habíase elegido el hermoso palacio del excelentísimo señor marqués de Cañadahonda, rico en comodidades y en dependencias espaciosas, y dotado de un jardín, que bien pudiera denominarse paraíso de placer por los encantadores parajes que encierran sus 2.400 metros cuadrados de extensión.

La instalación que caracteriza a tan renombrada Residencia es tan completa, que puede competir, a pesar de sus módicos precios, con las mejores del Extranjero, de lo que ha tenido especial cuidado el reverendo sacerdote D. Benigno Rozas, actual director, que ha condensado en su pensión cuanto ha encontrado de notable en establecimientos análogos visitados durante sus tres años de estancia en Alemania y demás países extranjeros.

Por eso en la Residencia de Alumnos de la Academia de Artillería no falta detalle. Abundan los cuartos de baño, los departamentos especiales para duchas, inodoros, lavabos, salón de billar, biblioteca, teléfono, huerta, jardín, etc.

Al frente de la cocina, dotada de toda clase de elementos modernos, se encuentra un expertísimo cocinero.

*

Una gran fábrica de licores, anisados y jarabes

A la amabilidad de D. Félix Cuesta debe la satisfacción de haber visitado esta, no sólo respetable Casa, que lo es de abolengo, sino la que, sin elogio de ninguna clase, merece el calificativo de opulenta, por la índole especial del negocio a que se consagra, cuya excepcional importan-

cia representa una incalculable cifra de miles de duros.

Recibido atentamente por el Sr. Cuesta en su despacho, hicele algunas preguntas relacionadas con la industria a que se dedica y al origen de la fundación de la Casa, y bien puedo asegurar que si el capital que maneja es grande, le supera con mucho la amabilidad y excesiva modestia, que, como es natural, le hace superior.

Se fundó la Casa el año 1915, siendo hoy una de las más importantes de España dedicadas a este ramo, como así pueden atestiguarlo en las numerosas plazas españolas adonde exporta sus productos en cantidades considerables. A ello ha contribuido poderosamente, aparte los valiosos conocimientos y competencia del Sr. Cuesta, la calidad, todo bondad, de sus bebidas, reputadas hoy en los establecimientos de primer orden de verdaderas especialidades, principalmente el «Cognac Norte» y el «Anís Julita», marcas propiedad del Sr. Cuesta, que han constituido un acontecimiento en los mercados españoles.

Entre las diversas bebidas que elabora, hemos de consignar también los licores, vinos finos y «champagnes».

La fábrica lleva por título «La Segoviana», y ésta es precisamente la marca de fábrica que tiene registrada para todos sus productos, y que deben de exigir los consumidores, al objeto de evitar perniciosas mixtificaciones.

Cooperan al constante engrandecimiento del negocio ocho inteligentes viajantes, que constantemente se hallan recorriendo las distintas provincias españolas.

Recorriendo las hermosas dependen-

cias de la Casa que completan la instalación de «La Segoviana», pudimos admirar sus espaciosos almacenes, repletos de botellas y garrafas dispuestas para la exportación; el departamento de empaquetamiento, las cocheras, donde encierran los camiones que utiliza para el transporte a la estación y reparto dentro de la localidad, así como dos magníficos coches de lujo, completamente nuevos, dedicados al servicio particular del Sr. Cuesta.

*

«Nuevo Garage», Escultor Marinas, 3 y 5, y Roble, 20

Entre las diversas personas que hemos tenido el gusto de saludar, se encuentra D. E. de Sousa, propietario del «Nuevo Garage», cuyo sincero carácter y agradable trato muy pronto se hizo acreedor a nuestra simpatía.

Si el cronista no tuviese necesidad de ajustarse a la parte industrial y comercial de la población, son tales las dotes que caracterizan al Sr. Sousa, que, sin esforzar la imaginación, podría extenderse en largas consideraciones.

Entre lo notable que encierra Segovia, figura el «Nuevo Garage», hermoso edificio construido expresamente para el negocio por el Sr. Sousa, que no ha reparado en medios ni en sacrificios hasta dotarlo de toda clase de adelantos.

Su gestión al frente de tan importante negocio ha sido tan activa y de tal eficacia, que imposible será encontrar un solo garage en todos estos contornos que le supere.

En la visita que hicimos a sus amplios locales, quedamos gratamente sorprendidos al admirar el cúmulo de elementos con que cuenta para el desarrollo de su labor. Posee soberbios talleres, dotados de la más perfecta y renombrada maquinaria moderna, en los que se hacen toda clase de reparaciones en automóviles, motocicletas, etc.

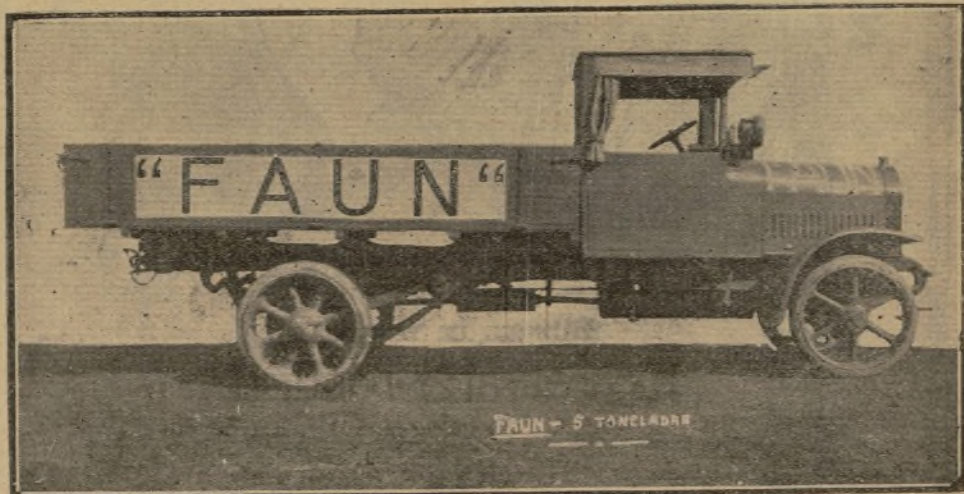
Cuenta asimismo con hermosas jaulas independientes, hasta el número de veinticinco, para encerrar autos, y numerosos departamentos para motos, existiendo agua en abundancia.

Otra de las cosas que llamó nuestra atención fué el enorme «stock» que posee de neumáticos y cámaras Michelin. El Sr. Sousa nos manifestó que era el único depositario de dichos productos para toda la provincia.

Es también representante exclusivo, para Segovia y su provincia, de las prestigiosas motocicletas Harley-Davidson y de los acreditados camiones de gran potencia Faun, de construcción alemana.

A primeros de año se hará cargo del taller un notabilísimo mecánico alemán procedente de la Casa Faun.

En el mismo local tiene instaladas el Sr. Sousa las oficinas y las secciones dedicadas a la venta de accesorios y alquiler de bicicletas, motos, automóviles y camiones.



Magnífico camión FAUN de gran potencia y de hermosa construcción, procedente del «Nuevo Garage», representante exclusivo para Segovia y su provincia.

ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO

MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO



LUZ

MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA

Al por mayor

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

TURBINAS
para cualquier salto y caudal. — Establecimientos Benninger, Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica. — Promotor: (S. A.)
VALVERDE, 20. — MADRID

ALFONSO FUENCARRAL, MADRID
FOTOGRAFÍA TOLEDO 63, MADRID

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados. Aparatos con o sin bocina. Ventas al contado. Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller
—
M. Serós
—
G. Flores
—
R. Leonís
—
Bailables
modernos



DISCOS
de
Salud Ruiz
—
Ofelia
de Aragón
—
G. Ortas
—
Óperas
—
Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a

FADAS — Peligros, 14 y 16 — MADRID

LADRILLOS REFRACTARIOS
TUBERIA DE GRES
Fábrica: PACIFICO, 12
TELÉFONO M 17-65

Droguería, Perfumería, Colores
FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)
SUCESESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes
y purpurinas de todas clases
Horaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.



Certificado de garantía con cada reloj

Remesas a provincias — Envíos gratis

CARLOS COPPEL

Fabrica de relojes

Fuencarral, 27-Madrid

Rosado Rivas

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias o droguerías, 1,50. — Por correo, 2 días.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

